

## EL OTRO FRÍO

ALEJANDRA CASTELLANOS

*A Olga*

No conocía el frío, en serio, y menos este. Me lo imaginaba, eso sí, porque lo había “visto” en la tele, pero no era algo que yo hubiera sentido jamás. En ese entonces, claro, Nueva York y sus fríos me tenían sin cuidado. A veces, cuando el frío me tumba y no me deja ni ir a trabajar, pienso en Tierra Blanca. Mi pueblo está que quema todo el año. Allá no hay estación que valga. Para enterarte si el invierno ha llegado tienes que consultar el calendario. Y así y todo, tuve un suéter. ¿Puedes creerlo? Mi madre pasó meses tejiéndolo y me lo regaló, orgullosa, en mi cumpleaños. Yo esperaba otra cosa, una bolsa, no sé, maquillaje, y recibí sólo eso, un suéter verde. Nunca me lo puse, por lo menos no en Tierra Blanca.

¡Qué falta me hizo el suéter verde mi primer día en Nueva York! Llegué aquí en diciembre. Llevaba puesto el único vestido que había empacado. “Viaja ligera”, me habían advertido. Era mi vestido de fiesta, el que usaba en la playa, el de ir al cine y a cenar, el que todas me chuleaban y el que yo prefería por fresco y vaporoso. De nada me sirvió contra el frío. Sentí el golpe en cuanto puse un pie fuera del carro. El frío me llegó pronto a los huesos. Cuando vine a ver, ya estaba morada y apenas podía moverme de lo tesa. Qué triste estado, me hubieras visto, la nariz chorreando, el entumecimiento, los espasmos. Y yo sin poder hacer nada. El frío es cabrón, dímelo a mí.

El coyote me dejó justo en esta esquina. Congelada y todo, empecé a ver pasar a las personas. Entendí, ahora sí, por qué iban tan abrigadas, de arriba abajo, hasta la cara, igualito que en la tele. Me sorprendió ver a tantas personas; nunca había visto algo así. Pero más me sorprendió que no me vieran a mí. En Tierra Blanca, apenas se asoma algún extraño, todo el pueblo se esmera en atenderlo, “Ande, pase, tómese un café”. Pero aquí, una chica metida en un vestido fresco, que tirita y parece perdida, no es cosa que llame la atención. Nadie interrumpió su camino ni su conversación por mí, ni siquiera para señalar mis pies morados, mis sandalias inútiles, mis piernas que frotaba una con la otra, mis manos sobando mis brazos, mis temblores.

Cuando llegó tía Luisa, yo ya tenía varias horas pidiendo al cielo mi suéter verde. Sentía que el frío había empezado a formar parte de mí, y que había una cosa, sólo una, capaz de eliminarlo: el suéter verde que tejió mamá. Me lo trajo Cata, mi prima, un mes después. Me lo puse de inmediato. Traía el olor de la tierra y de las noches con luna. Luego luego sentí el calor de mi madre, pero el frío no se fue. Bueno, el del cuerpo sí, pero el otro, ese otro frío que nunca vi en la tele, siguió ahí, helando por dentro. Este frío también duele. Me oprime el pecho, y a veces es tan fuerte, que llega a quitarme la respiración. Nada he podido hacer contra él. No se fue con el suéter verde que tejió mamá ni con los otros muchos que me fui comprando después, en cuanto empecé a ganar un dinerito. Ese frío nació aquí, en esta esquina, mi primer día en Nueva York, y es aquí mismo donde, de alguna forma, aún no sé cómo, espero vencerlo.